

LA NOVELA CINEMATOGRAFICA  
DEL  
**HOGAR**

152



30  
CTS.

EDDIE QUILLAN  
ROBERT ARMSTRONG  
GINGER ROGERS  
EDICIONES BISAGNE

**GALENTEOS  
PELIGROSOS**

ROGELL, Albert

**La Novela Cinematográfica  
del Hogar**

Publicación semanal de películas selectas

Director:

Año IV Francisco-Mario Bistagne Núm. 152

*Tip Off, 1931*

**GALANTEOS PELIGROSOS**

Interesante asunto, interpretado por

GINGER ROGERS, EDDIE QUILLAN,  
ROBERT ARMSTRONG, etc.

Es un film P. D. C.

Exclusiva de

**CINNAMOND FILM**

Balmes, 51

BARCELONA



Postal-regalo: WALTER HUSTON

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

Prohibida la  
reproducción

## GALANTEOS PELIGROSOS

### Argumento de la película

¡Qué bien cantaba aquel joven! ¡Y qué simpático era! La gente que pasaba por aquella calle se paraba a escucharlo. Sus ademanes, sus gestos, la expresión de su mirada y de su sonrisa correspondían maravillosamente con el texto de la canción que interpretaba con una voz maravillosa, de divo, y con un talento musical extraordinario. Todos los transeúntes se detenían ante tan grato espectáculo, pero, sobre todo, las mujeres, encantadas por la gallarda presencia de aquel muchacho tan simpático.

Pero, ¡oh enorme sorpresa!, terminada la canción, se volvió el joven y descorrió unas corti-

nas, dejando ver la ingeniosa trampa. No cantaba él, limitándose a interpretar mímicamente la canción, sino que los sonidos procedían de un altavoz y correspondían a un disco impresionado por un cantante famoso. Por eso era tan afinada y tan excelente la voz. Pero aquel muchacho tenía indudablemente un gran talento y grandes aptitudes mímicas. Se trataba, sencillamente, de una propaganda a la americana de aquel establecimiento de radio en donde el joven trabajaba, tanto mimando canciones como atendiendo a los compradores o arreglando averías.

Aquel establecimiento en el que la vieja ama, siempre masticando algo, no se separaba un momento de la caja registradora.

Llamaron por teléfono solicitando desde un café el envío de una persona especializada en la radio y capaz de arreglar una avería que se había producido en una estación receptora, y allá fué enviado el joven Tommy, el fingido cantor, en su camión coronado por dos bocinas de altavoces, conducido por él mismo, el saco de herramientas a su lado. Indudablemente no tenía precio Tommy, pues, como vamos viendo, servía para todo, a pesar de su juventud anañada y de la aparente insignificancia de su personilla.

Llegó Tommy frente al café, paró su camioneta y descendió, acercándose a él tres personajes de compleción hercúlea que le rodearon interrogándole:

—¿Es usted el mecánico de radio que ha sido solicitado por teléfono?

—El mismo.

—Nosotros somos quienes han telefoneado: acompañenos.

Y el joven, algo asustado por la adustez y aspecto amenazador de aquellos tres hombrazos, fué materialmente empujado por ellos al interior de un auto que se puso en marcha.

La operación tenía todo el aspecto de un secuestro, por lo que era lógico que el joven Tommy se encontrase un poco asustado y, como para que la escena tuviese aún un colorido más lleno de emoción y de misterio, otros individuos que espiaban aquellas maniobras, recatándose cuidadosamente en otro auto, emprendieron la persecución del que conducía a Tommy.

\* \* \*

Sumamente inquieto Tommy, a quien nadie dirigía la palabra, vió cómo se paraba el coche. Aquellos hombres lo miraron amenazadoramente. Uno de ellos agarró la visera de su gorra y se la caló sobre los ojos. Luego lo condujeron agarrado de los brazos escaleras arriba. Por fin lo soltaron y él preguntó:

—¿Y ahora?

—Ahora ya puede usted mirar.

Se quitó Tommy la gorra y se vió en una habitación junto a un mueble que era un aparato receptor.

—Arregle usted ese aparato — le dijo con voz terrorífica el peor encarado.

—Y no suba usted al tejado a ver la antena — añadió otro —, porque pudiera usted caerse.

Y se marcharon dejándolo solo con el saquillo de herramientas en la mano.

Tommy examinó el aparato sin encontrar la avería. Todo funcionaba bien, y, sin embargo, no sonaba el altavoz. Indudablemente, la avería estaba en los conductores que unían el aparato con la antena o con la tierra. Tommy se puso a cuatro pies siguiendo el conductor que corría por la arista en la que se juntaban la pared y

el suelo. Así caminó largo rato sin encontrar la avería y, al tropezar con algún mueble, el joven, celoso de encontrarla y debiendo examinar a todo lo largo el conductor, se tendía en el suelo y se arrastraba. Así llegó a meterse debajo de una cama...

\* \* \*

Aquella era la casa de Baby, la novia de Koy, el famoso boxeador.

Este se había indisputado con su manager Vateli, hombre sumamente peligroso, especie de bandido rodeado siempre de gangsters y capaz de las mayores canalladas, por lo que el boxeador y los suyos se veían precisados a moverse sibilosamente escondiéndose de sus adversarios.

Tal era la razón que les obligó a citar al reparador de aparatos en un café y llevarlo a aquella casa con tantas precauciones. También el

motivo de que su coche fuese perseguido por otro desde el que eran espiados todos sus movimientos. Vateli deseaba conocer dónde se escondía Koyo para poder llegar hasta él y coaccionarlo.

Baby, la preciosa Baby, por quien se encontraba loco de amor el terrible Koyo, aunque se encontraba a su vez enamorada de él y orgullosa de sus triunfos, era, como mujer, algo coqueta y muy superficial.

Aquella mañana se encontraba en el baño cuando los entrenadores de Koyo introdujeron en su casa al joven Tommy y éste, tras de examinar el aparato, emprendió una excursión a rastras y a cuatro pies por toda la casa en busca de la avería existente en los conductores.

Salió del baño alegre y retozona, y al entrar en su alcoba, vió con sorpresa y susto unos pies de un hombre que se encontraba debajo de su cama.

Tommy se sobresaltó también, atemorizado como estaba por los misterios y amenazadora catadura de los que él consideraba como sus secuestradores, al separar su vista del conductor y ver los pies y las piernas, todo maravillosamente bello, de un delicioso desnudo de mujer.

Tras la sorpresa de ambos vinieron las explicaciones. Ella le ordenó que saliera y él lo hizo poco a poco, levantando lentamente su mirada desde los pies a unos deliciosos tobillos, luego a unas esculturales pantorrillas, más tarde a unas rodillas deliciosas, todo desnudo, como a la salida del baño... Siguió alzando la vista y sufrió un desencanto, al mismo tiempo que des-

apareció su azoramiento, al ver a aquella mujer hermosísima envuelta en precioso kimono.

Baby encontraba muy simpático al joven y éste se encontraba encalabrinado por completo. Pero fué decayendo su entusiasmo cuando ella le fué poniendo al corriente de las circunstancias:

—Soy la novia de Koyo, el gran boxeador—le dijo—que está locamente enamorado de mí,



*Siguió alzando la vista...*

pero que me marea con sus celos. Los tiene hasta de los que me miran y, como es tan bruto, arreá cada puñetazo que hasta me da a mí misma pena.

Con tal explicación, el joven, que le tenía mu-

cho cariño a sus narices, pensando en lo que le podía suceder si lo encontraba el boxeador junto a su novia, en su alcoba y tan ligera ella de ropa, sintió un miedo atroz, pero ella no le quería dejar marchar y llenó dos vasos de vino...

\*\*\*

Pero llamaron a la puerta... y era Koyo. Tommy, asustadísimo, no sabía por dónde escapar o dónde esconderse, hasta que lo hizo, por indicaciones de ella, debajo de la cama. Y el boxeador entró.

Era un hombretón hercúleo. Realmente tenía razón en temblar Tommy, aquel alfeñique. De un solo puñetazo lo liquidaría. Sólo que Koyo era tan infeliz y torpón como fuerte. Pero el miedo lo pasaron ambos, la novia y Tommy, intenso y justificado.

Entró el boxeador con su perro y se sentó en

la cama, mientras el chicho, asustado por la presencia de Tommy, lanzó algunos ladridos que éste procuró acallar con caricias silenciosas.

Koyo se quitó las botas, porque le martirizaban los callos, y las arrojó debajo de la cama, sobre la cabeza de Tommy. De repente, interrogó:

—¿No oyes?

El espanto se retrató en la cara de la novia y del intruso, hasta que se tranquilizaron cuando Koyo añadió:

—Son mis callos que están ladrando.

Ella no sabía cómo arreglar la situación, esforzándose en hacerle salir de aquella habitación, maravillándose él de lo cariñosa que estaba, hasta que manifestó él apetito y se apresuró Baby a empujarlo hacia el comedor.

Inmediatamente, cerró la puerta y le dijo a Tommy:

—Salga usted de ahí.

Pero Koyo había vuelto a abrir la puerta y contemplaba impasible la escena.

—¡Salga usted de ahí!—insistía ella, mientras que Tommy le hacía señas señalándole la puerta en la que veía el joven los pies descalzos del celoso.

—¿No quiere salir?—preguntó Koyo sonriente, y añadió:

—Espera, que yo lo sacaré.

Y, con el susto natural de los otros dos, se inclinó, alargó los brazos, y sacó sonriente al perrito.

Luego se marchó con ella, apresurándose Tommy a salir y a largarse a otra habitación.

Había podido convencerse de que aquel hombre, si era realmente temible por sus puños y por sus celos, era un alma de Dios. Mientras él se encontraba debajo de la cama, telefoneó, ver dando la conversación sobre el infame Vateli. A cada momento tenía ella que apuntarle la palabra adecuada, porque él jamás atinaba con ella.

\*\*\*

Llamaron a la puerta y se presentó Vateli acompañado de cinco o seis pistoleros de cara patibularia. Entre todos acorralaron a Koyo sosteniendo éste una disputa con su antiguo manager. Este no quería dejar de serlo y el boxeador no quería continuar dejándose explotar vilmente. Se mascaba la tragedia. Se esperaba oír de un momento a otro una descarga y ver caer ase-

sinado al boxeador. Sus fuerzas hercúleas no servían para nada ante las pistolas asesinas. Y conocidos eran los procedimientos de Vateli y su falta de escrupulos.

Pero, en el momento culminante, se escuchó un vozarrón monstruoso y amenazador que gritaba:

—¡Todo el mundo manos arriba! ¡No disparéis vosotros hasta que yo avise! ¡Quedaos aquí mientras yo entro!

Y los bandidos, aterrorizados, con las manos en alto, pendientes de los murmullos terroríficos que se escuchaban en la habitación inmediata, vieron cómo se abría la puerta y penetraba por ella, con la mano derecha dentro del bolsillo de la americana, empuñando indudablemente una pistola... el joven Tommy, que los fué empujando hasta la puerta de salida y los hizo huir por la escalera.

Koyo, maravillado, no sabía de dónde le había venido aquella ayuda, y su novia Baby le explicó que era un joven que había ido allí a arreglar el aparato de radio.

—¿Y los que le acompañan a usted?—preguntó Koyo.

—No me acompaña nadie.

—¿Pues y ese vozarrón que se ha oído y esos murmullos de multitud en la habitación inmedia ta?

—La voz que se ha oído—explicó el joven sonriendo—ha sido la mía recibida por este micrófono de bolsillo y amplificada por el aparato

y lanzada por el altavoz. Los murmullos los que traen las ondas.

Koyo estaba encantado, lo mismo que Baby, y ambos no sabían qué hacer con el joven y cómo agradecer su ayuda.

¡Y tanto como admiraba él al boxeador! Siempre iba a verlo boxear y le animaba con sus gritos: "¡Pega duro, Koyo", le decía. Y el boxeador recordaba aquellos gritos estentóreos que lograba producir el joven con su pequeño micrófono.

En definitiva, quedaron la mar de amigos. Tommy le regaló a Koyo el micrófono de bolsillo y le explicó su uso. En correspondencia, el boxeador le regaló al joven una entrada para el baile de aquella noche en el casino de los boxeadores. Baby salió a despedirlo hasta la puerta de la escalera, mostrándose sumamente cariñosa, lo que asustaba extraordinariamente a Tommy, temeroso siempre de experimentar las terribles consecuencias de los celos del novio. Por muy agradecido que éste le estuviese, y por muy torpe e inocente que fuese, era tan ostensible la coquetería de Baby, que Tommy temblaba a cada una de sus manifestaciones y se apresuró a marcharse, respirando tranquilo una vez en la calle y en su camioneta camino de su tienda.

\* \* \*

La dueña de la casa de aparatos de radio en la que prestaba servicio el joven Tommy, estaba, como siempre, masticando algo y junto a la caja registradora. Su dependiente se le acercó pidiéndole un anticipo de dos duros a cuenta de la semanaada. Iba a ir al baile y convenía llevar algún lastre, por lo que pudiera ocurrir, pero el ama se negaba. Entonces, el joven Tommy, que tenía recursos para todo, se puso a juguetear con un billete de diez duros.

—¿Qué es eso? — preguntó ella alarmada. — Seguramente me he descuidado y no lo he metido en caja. ¡Trae ese billete!

—Se lo daré si me hace usted el anticipo.

Y, tras de recibirlo, le entregó el papel, marchándose él al baile y viendo la dueña del establecimiento con sorpresa que el billete de diez duros era sencillamente un anuncio.

El baile deslumbró, por un momento, a Tommy. ¡Tantas mujeres bonitas, tantas parejas danzando, tanta animación, tantos boxeadores!

Pero se encontró de manos a boca con la sugeritiva Baby que quiso demostrarle su agradecimiento y sus simpatías, invadiéndole el pánico. El ignoraba que Koyo no asistía a la fiesta por-

que tenía que entrenarse, y temía a cada momento despertar sus celos terribles. Aunque hubiera sabido su ausencia, también habría temblado, porque era demasiado escandaloso aquel flirteo delante de tanta gente y el boxeador acabaría por enterarse.

Así es que Tommy huyó materialmente de ella, balbuceando excusas y echando a correr perseguido por la joven, a quien no convencían sus alegaciones de que le esperaba su novia.

Allí cerca se encontraba una muchacha muy guapa que no bailaba con nadie. Un desconocido hizo ademán de invitarla e, inmediatamente, alguien le advirtió en voz baja que era la novia de Vateli y desistió atemorizado. Hasta ella llegó Tommy huyendo de Baby y la agarró, haciéndola bailar, aunque ella no quería.

—Perdóneme usted — le dijo cuando se perdieron entre las otras parejas—. Venía huyendo de una mujer que me persigue y me ha hecho usted un gran favor bailando conmigo.

Los pistoleros de Vateli, entretanto, estaban consternados. Entre ellos corrió la voz de que era uno de los hombres de Koyo, el más valiente de todos. El boxeador no se había atrevido a ir y lo había enviado a él que había tenido la osadía de bailar con la novia del jefe.

La joven, que odiaba y temía al manager, siendo novia suya solamente por temor, encontró muy simpática la actitud de aquel muchacho tan alegre y se interesó vivamente por él.

Cuando llegó Vateli, se indignó, reprochándole vivamente el haberla dejado bailar a su tutor,

que era uno de sus hombres y, al mismo tiempo, el dueño del salón, temeroso siempre de los escándalos que pudieran desacreditarlo. Luego se fué hacia la pareja y, bruscamente, sin ninguna explicación, separó a ambos jóvenes y continuó la danza con ella, dejando plantado a Tommy.

Tommy, ajeno a cuanto sucedía, quedó un poco extrañado, pero pensó que entre boxeadores se usaban aquellas bruscas costumbres y se prescindía de cumplido, recreándose en la contemplación del espectáculo.

Pero, al poco, vió venir hacia él a Baby y, asustado de nuevo, como pasara a su lado Vateli bailando con su novia, con la misma brusquedad y frescura, lo separó de ella de un emjón, la cogió entre sus brazos y siguió bailando a su vez.

Su gesto causó expectación y asombro. ¡Era demasiado valiente aquel joven!

—¡Aplicadle el foco! — sentenció cruel el manager, y se extendió por el baile una oleada de terror. La consigna se fué extendiendo en voz baja y muchas parejas abandonaron el salón.

—Se va a oler aquí a pólvora—murmuraban mientras huían.

Vateli también se marchó, encargándose al tutor de su novia:

—Aplicale el foco, y conste que yo me marcho. No me conviene afrontar la responsabilidad de lo que va a suceder.

Y, efectivamente, el proyector eléctrico instalado en lo alto del salón, enfocó a la pareja formada por Tommy y la novia de Vateli.

—¿Cómo se llama usted? — le preguntaba él.

—Edna — respondió la joven.

—Es un nombre tan precioso como usted.

—Por favor—dijo ella angustiada—, salgamos de la luz.

Pero la luz los seguía a todas partes.

Todos, enterados de aquellas cosas, habían dejado de bailar y esperaban presenciar, entre las tinieblas del resto del salón, un espectáculo terrible. Los pistoleros preparaban sus armas para asesinar a Tommy. Edna, enterada también, al ver lo que ocurría, le conminó ansiosa:

—Vamos hacia el pasillo. Van a intentar asinarlo a usted.

Y, mientras empezaron a oírse disparos, el joven se precipitó sobre una ventana, rompió sus cristales, la arrojó a ella fuera primero, y luego saltó él, refugiándose en un auto y huyendo.

\* \* \*

En su fuga los dos jóvenes terminaron por convencerse ambos de que se encontraban mutuamente enamorados. Ella admiraba lo que creía su loco y temerario valor, ignorante de que era solamente desconocimiento de las circunstancias. Odiaba y temía a Vateli, de quien el joven la había heroicamente libertado. Y, como ella era tan bonita, naturalmente, Tommy la amaba también.

—¿Qué haremos ahora? — preguntó Edna.

—Iremos a casa de Koyo— respondió tranquilamente Tommy, encaminándose al domicilio de la novia del boxeador.

Este, entretanto, en lugar de entrenarse, sentado cómodamente en una poltrona, descalzos los pies y sin dolor de callos, bebía unas copitas y se entretenía, haciendo funcionar el micrófono de bolsillo que le había regalado Tommy. El aletavoz repetía solemne:

“—El gran boxeador Koyo dirige un terrible directo contra la mandíbula de su adversario que ocasiona una clamorosa ovación. Encaja indiferente con dulce sonrisa los golpes de su rival y, entre expectación inmensa, lo tumba de un terrible crochet propinado con la izquierda. El ár-

bitro cuenta los segundos reglamentarios sin que se levante el vencido y es proclamada la victoria del gran Koyo, que es el mejor boxeador del mundo."

Llamaron a la puerta, que Koyo franqueó. Eran los dos jóvenes fugitivos. El boxeador era siempre pueril y no acababa de enterarse de nada, ni admitía explicaciones.



*Eran los dos jóvenes fugitivos.*

Llegó luego Baby y, para prepararle una sorpresa, hizo que se escondiesen los dos jóvenes. Luego todo se aclaró y Baby informó de que se trataba de la novia de Vateli y de que no habían asesinado a Tommy por una verdadera casualidad.

Pero a Baby le indignaba el que el joven hubiese huído de ella en el baile con verdadera descortesía y sentía cierta rabia, mortificado su amor propio. Así es que surgió la disputa con su novio, marchándose la joven malhumorada. Koyo hizo funcionar su micrófono y gritó el altavoz. Pero, inesperadamente, recibió sobre su cara un proyectil disparado por Baby...

\* \* \*

Tommy y Edna estaban perdidamente enamorados y siguieron viviendo unos días en casa de Baby, la que sentía cierto despecho.

Por las noches dormían en la misma cama las dos mujeres, mientras lo hacían en otra los dos hombres.

Cierta mañana se despertó sobresaltado Tommy, y era que Koyo estaba soñando que se encontraba en el ring y lo molía a puñetazos.

Después se bañó el joven y Edna le preparó cariñosamente el desayuno. Habían convenido que se casarían y, entretanto, para no ser molestos allí, él la llevaría a ella a casa de su tía.

Cundo el joven marchó a su tienda, salió ella a despedirlo a la puerta con el mimo natural de una enamorada. Koyo lo vió y sonrió bondadosamente. Pero, en cambio, la escena puso de mal



*... le preparó cariñosamente el desayuno...*

humor a Baby, que más tarde se le quejó a su novio del papelito poco airoso que estaba haciendo.

Lo oyó Edna y, demasiado susceptible, cogió la puerta, dió un portazo y se marchó ofendida. Así es que el joven Tommy, tras de pasar el

día trabajando en su tienda y sablear al ama, cuando volvió a casa de Baby, palpitante su corazón de amor, se encontró con la horrible sorpresa de que su novia había volado.

—¡Pero si iba a llevarla a casa de mi tía!

—Pues se ha marchado sin despedirse ni decir adónde va.

—La buscaré y la encontraré aunque se esconda en el centro de la tierra.

—Ten cuidado, Tommy—le aconsejó Koyo—. Sé prudente y olvídalas. Vateli es un hombre terrible con quien es peligroso luchar. El mundo está lleno de mujeres bonitas y encontrarás otra. ¿No encontré yo a Baby?

Sin embargo, Tommy estaba demasiado enamorado para hacer caso de tales consejos.

\* \* \*

Tommy buscó infructuosamente a Edna durante mucho tiempo hasta llegar a desesperar de encontrarla.

Los dueños del establecimiento donde trabajaba estaban maravillados de ver que ya no perdía ninguna semana anticipos, y era que el pobre enamorado se aburría y no tenía humor para nada.

Cierto día se presentó en el establecimiento un señor que preguntó por él, y al ser interrogado sobre el motivo de su visita, mostró la placa insignia de la policía secreta.

Con la natural alarma de los dueños que temían que el joven hubiese hecho algo, el policía le manifestó a Tommy que iba a hacer una investigación relacionada con una señorita llamada Edna, que prestaba servicio como dependienta en los despachos centrales de flores.

Al escucharlo, Tommy, que así se enteraba de dónde estaba ella, abrazó cordialmente al policía y luego, sin responder a sus preguntas, salió corriendo y no paró hasta encontrar a su adorada Edna.

Con ella, en el establecimiento de flores, estaba el bandido de Vateli dispuesto a llevársela en un auto, pero llegó Tommy oportunamente, y se la llevó en su camioneta, en un descuido del otro.

Al día siguiente leía en la tienda atentamente los diarios, preocupado con los anuncios de muebles. Quería casarse y le preocupaba el amueblar su futuro hogar.

—¿Qué miras ahí? —le preguntó la señora.

—Estos muebles son baratísimos y como me voy a casar...

Lanzó la señora una exclamación admirativa y añadió:

—Creí que te interesaba más lo que dice este otro periódico. Mira, anuncia que mañana luchará Koyo.

El joven se precipitó sobre la noticia. En la sección deportiva de aquel periódico se comentaba la próxima lucha, pero, además, venía una noticia que fué para el joven como un mazazo



—Estos muebles son baratísimos y como me voy a casar...

en la cabeza. Anunciaba el casamiento del conocido manager Vateli con la señorita Edna.

Tommy abandonó la tienda como un loco y se dirigió a casa de Koyo. Este se encontraba boxeando en asaltos de entrenamiento que interrumpió con gusto para atender a su amigo.

—¿Qué te pasa? — le preguntó. — Te apura lo de Edna?

—Ni lo más mínimo — respondió disimulada e hipócritamente Tommy—: el mundo está lleno de mujeres.

—¿Sabes que después de mi combate de mañana nos casamos Baby y yo?

—Asistiré con gusto a tu combate y a tu bo-



—¿Sabes que después de mi combate nos casamos Baby y yo?

da, sintiendo sólo no poder asistir a la de Vateli y Edna porque nada sé de ellos.

Entonces Koyo, tan infeliz como siempre, se dejó engañar por Tommy y le dió la dirección

de donde los dos novios se encontraban y el joven enamorado salió corriendo como un loco.

El boxeador comprendió que había hecho mal. Aquel inexperto muchacho marchaba a una muerte segura. Los pistoleros y los rufianes a las órdenes de su antiguo manager no lo dejarían esta vez escapar.

Así es que se metió en el bolsillo una pistola y salió detrás de él, no sin que su prometida tratase de oponerse.

\* \* \*

Llegó Tommy a la guarida de los bandidos, que era el mismo salón de baile en donde conoció a Edna por primera vez. Quienes guardaban la puerta tenían la consigna de no dejar entrar a quien no llevase invitación, y al joven lo lanzaron a la calle entre dos violentamente.

Pero él trepó por una columna cubierta de

enredaderas y llegó hasta una ventana a través de cuyos cristales pudo contemplar a su novia ataviada para la boda con un traje blanco. La camarera que la atendía había salido un momento llamada por teléfono, dejando el auricular descolgado.

Tommy entró en la habitación con gran susto de Edna que temía que lo mataran, confesándosele que sólo a él amaba y sucumbía por miedo a su rival.

Pero, entretanto, Vateli escuchaba por teléfono y subía a la habitación en su busca, acompañado por uno de sus sicarios.

Pero cuando el joven se encontraba acorralado, inerme y en grave peligro, le anunciaron al manager que se había presentado Koyo armado.

Efectivamente, el boxeador había llamado a la puerta con la mano en el bolsillo de la americana empuñando una pistola, y no se habían atrevido a interceptarle el paso, de modo que no tardó en presentarse frente a Vateli que se encontraba con Edna y con Tommy. El otro bandido que antes estaba allí con ellos, se había escondido en una habitación con la consigna de atacarlo por la espalda.

Y llegó el momento culminante de la lucha, impidiendo Tommy con decisión y ligereza el ataque traidor, entablándose una lucha tan desigual como valiente de dos personas contra incontables enemigos. Verdad es que Koyo era un héracles y su amigo una ardilla.

En la habitación aquella habían quedado maltrados, víctimas de los puños del boxeador, Va-

teli y su compañero, que no tardaron en dar por teléfono la voz de alarma, y en una escalera, valiéndose de su situación preminente, los dos amigos se defendieron con verdadero heroísmo, logrando por fin distanciarse de sus enemigos y disponerse a huir.

Para tratar de conseguirlo, penetraron en una habitación junto a la cocina y se disfrazaron de camareros, osando presentarse con aquel disfraz en el salón todo él lleno de adversarios. Pero fueron reconocidos inmediatamente, aunque cogieron una mesa y la pusieron sobre ambas cabezas intentando que el mantel les tapase las caras. Vateli tiró bruscamente del mantel, y ellos, con movimiento rapidísimo, le estrellaron la mesa sobre el cráneo y emprendieron la fuga, saltando por una ventana a la calle, donde les esperaba loca de impaciencia y temor la pobre Edna.

Inmediatamente corrieron al auto en el que había llegado Koyo, quien se apresuró a descalzarse, porque los callos seguían martirizándole.

Pero el chofer no obedecía las apremiantes órdenes de ponerse en marcha y notaron con horror que estaba muerto o narcotizado. Sus enemigos habían previsto los posibles acontecimientos y les habían privado así de la posibilidad de una rápida huída.

Corrieron a otro coche, perdiendo un tiempo precioso.

—¡Mis botas!—exclamó Koyo.

—Voy a buscarlas — dijo Tommy, y corrió en busca de ellas.

Pero los enemigos vigilaban ya sus movimientos y dispararon sobre él desde una ventana, tumbándolo.

Llegó en esto un camión de policías, que estableció un vivo tiroteo con los bandidos y Koyo, descalzo, acudió en socorro de su amigo, que yacía en tierra herido, al parecer, de gravedad.

—No podré asistir a tu combate de mañana —manifestó el pobre joven con voz desfallecida, retratada la muerte en sus descompuestas facciones.

—No te asistes, hombre: esto no será nada —le dijo para animarlo el boxeador.

—Esto se acaba. Es la muerte que llega —murmuró Tommy.

\* \* \*

Llevemos al lector pocos días después a una solemne función religiosa. En ella podrá ver a Koyo y a Baby sentados y con una cara muy triste, sobre todo el primero.

Seguramente creerá el lector que se trata de los funerales del desdichado Tommy.

Pero si dirige una mirada al altar mayor, podrá ver que se trata de su boda con Edna.

La cara triste del boxeador y su nueva esposa solamente es explicable en ella por la simpatía que siempre había experimentado por el joven que se casaba con otra. En él por el dolor de cílios que le mortificaba a pesar de haberse quitado los zapatos.

Cuando lo notó, Baby se indignó:

—Pero se trata de una verdadera impiedad —dijo—. Eres verdaderamente irreverente.

Y él corrigió encontrando por primera vez solo, sin la ayuda de Baby, la palabra justa:

—Irremediable—aseveró.

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,  
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará. 16.—Madrid: Evaristo San Miguel, 11

Acaban de aparecer, en las selectas  
Ediciones Especiales de L. N. S. C.,  
con éxito sin precedentes:

**El azul del cielo**  
por María Eggerth.

**El monstruo de la ciudad**  
por Walter Huston, Jean Harlow, Jean  
Hersholt, etc.

**El hombre que se reía del amor**  
por María Fernanda Ladrón de Guevara,  
Rafael Rivelles, etc.

**Susan Lenox**  
por Greta Garbo, Clark Gable, Jean  
Hersholt, etc.

**Mercado de mujeres**  
por Dita Parlo, Harry Frank, etc.

— y —

**Manos culpables**  
Lionel Barrymore, Madge Evans, etc.

---

¡Ediciones Bistagne publica  
siempre lo mejor entre lo mejor!  
¡No se deje sorprender!

Exija siempre

**Ediciones Bistagne**  
Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

**Ediciones BISTAGNE**

Passaje de la Paz, 10 bis

**Teléfono 18551 - BARCELONA**

---

---